

Catalejo

*Marzo 9/55*

# DOS ESTATUAS Y UNA CIVICA PROTESTA

Por RENATO VILLAVERDE

(De la Redacción de  
INFORMACION)



Mucho revuelo, comentarios y protestas variadas ha despertado en la opinión pública nacional la reciente sustitución de la estatua de Fernando VII por la de Carlos Manuel de Céspedes, en la Plaza de Armas. Aunque en lo personal no he seguido el asunto con gran acuciosidad, prácticamente todas las opiniones al respecto coinciden en criticar esta medida, que me parece fué producto de un acuerdo de la Junta o Comisión

Nacional de Arqueología. Este organismo, que tan pocas veces asoma la cabeza a la opinión pública, no ha logrado mucho éxito en esta ocasión.

Sin contar la importancia que tenga el fondo del asunto, la polémica en cuestión, que no se limita exclusivamente a opiniones personales de escritores más o menos distinguidos, sino que define en muy buena parte lo que pudiéramos llamar el sentir de la ciudadanía toda, esta polémica, repito, tiene la importancia de haber puesto de manifiesto que en Cuba se reacciona aún, en forma general y cívica, frente a valores espirituales, sean culturales o simplemente estéticos. Es decir, que el cubano, pese a su barniz de indiferencia o de choteo epidémico, se sigue preocupando por asuntos que abandonan la órbita materialista o interesada. Aunque no fuera más que por esta prueba evidente de la sensibilidad espiritual del cubano, bien vale la pena que se comente y se discuta el trueque de estatuas realizado en la colonial e histórica Plaza de Armas.

Enfocando el asunto en sí, en su aspecto de mármoles cambiados, hay que reconocer que la opinión pública tiene razón sobrada, pues indudablemente se ha actuado a la ligera.

La defensa de Fernando VII, pese a que fué un monarca español que en buena parte sirvió al "máspreciado florón" de la corona hispana, no es motivo que me anime a teclear estas líneas. Sin embargo, la estatua de Fernando VII en la vieja Plaza de Armas, más que un homenaje al soberano, venía a significar un tributo más, genuinamente clásico, a nuestro pasado colonial, arropado y mantenido como pocos en ese recodo típico de nuestra historia y de nuestra arquitectura antañona. Sepultar su estatua ahora en el remanso tranquilo de un museo, es un poco volver la espalda a nuestro preterito.

Situar la efigie de Carlos Manuel de Céspedes sobre el plinto vacío de don Fernando, en primer lugar desentona en la Plaza de Armas, ya que cronológicamente significa emplazar lo moderno —casi lo contemporáneo— en un marco clásico por antiguo.

Esa estatua de Carlos Manuel de Céspedes está muy por debajo de la altura del Padre de la Patria. Es más, se le ha medido, físicamente hablando, por el mismo rasero de Fernando VII. Y, en verdad, vistos desde un ángulo cubano, la diferencia entre la estatua de ambos es la misma que entre la del Pico Turquino y la del Everest. Si por las proporciones y las perspectivas de la Plaza de Armas no cabía un monumento a Carlos Manuel de Céspedes de acuerdo con la deuda de gratitud que Cuba tiene contraída con su memoria, no era indicado que se le homenajeara en forma tan chaparreta, tan a la misma altura de Fernando VII. Este ha sido un error de explicación difícil.

Carlos Manuel de Céspedes necesita un monumento y no una simple estatua, aunque esta haya sido burlada por el experto cincel de López Mesa. Y no sólo así por su magnitud histórica, sino por comparación con otros hombres ilustres que tienen en La Habana empinados y fastuosos monumentos. Estos monumentos —que no es el caso citar ahora— podrán ser todo lo merecidos que se quiera, pero, indudablemente, en la magnitud de sus mármoles y de sus bronces, no pueden ser más grandiosos que el requerido por el patriota inmortal de "La Demajagua".

Ya para terminar este comentario, vaya aún una observación que hice, hace unas noches, frente a la nueva estatua de Carlos Manuel. En su plinto de mármol, se dice que fué el primer Presidente de la República, cuando ciertamente lo fué, pero de la República en armas. Al no aclararse este punto, se lleva a confusión al turista no muy versado en historia de Cuba, que al leer la inscripción interpretará justamente que fué el primer Presidente de nuestra era independentista. Además, aunque el espacio sobra en el mármol del pedestal, no se han grabado siquiera las fechas de su nacimiento y de su muerte. Este dato, indudablemente, tiene interés biográfico, cuya omisión no se explica. En fin, señores, que en todo este asunto de la sustitución de Fernando VII por Carlos Manuel de Céspedes, se ha dado mucho en la herradura y muy poco en el clavo.

*Marzo 9/55*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA